

ticia, que ha llegado ya el caso de que á la faz de una nacion se haya dicho que nadie sabe lo que es la moral, y que ésta no puede definirse, siendo así que un niño católico, con el Catecismo en la mano, la define perfectamente á la edad de ocho años.

## VII.

Así, nótese desde la aparicion del protestantismo que las guerras deben su origen á causas que ántes eran casi desconocidas. Hasta entónces las guerras eran motivadas en general, ó por incursiones de bárbaros, ó por las ambiciones de los príncipes; pero despues no sucedió así: las guerras eran promovidas, además de aquellas causas que no se acabaron, por los levantamientos de los pueblos contra sus Soberanos; pues así como sucediera en Inglaterra en los dias de Wiclef y los lolardos, sucedió en Alemania, y despues en Francia, suscitándose guerras que duraron casi sin interrupcion por espacio de siglo y medio, y dándose batallas tan fieras al principiar la Reforma, que hubo una en la cual murieron 130,000 sectarios. Estas guerras eran la consecuencia de las herejías modernas, que atacaban directamente el principio de autoridad. Véase cómo hablaba Lutero de la autoridad más venerable que habia en la tierra, y se comprenderá el motivo de haberse separado de la verdad casi toda la Alemania; y tambien se sabrá que fué él quien señaló las etapas del camino que habian de recorrer sus imitadores, hasta llegar á la última, en que se ha consumado la hazaña más sacrilega del siglo actual. Yo no me atrevo á referir en este sagrado recinto las palabras con que el impudente heresiarca ponía en ridículo al Soberano más venerable del mundo; porque, por rica que sea nuestra lengua en palabras para decir todas las cosas embozadas y á las claras, ni embozadas ni paladinas puedo decirlas aquí.

Despreciada tan desvergonzadamente la autoridad divina, no podian salir bien paradas las humanas; contra ellas predicaban sin cesar los protestantes, y miéntas el maestro de todos vertía contra ellas especies sediciosas en conversaciones, en sermones y en peroratas, sus discípulos se encargaban de ir propalando por las ciudades los nuevos dogmas de emancipacion de todo poder, divino y humano. Proclamóse entónces la libertad, y cubrieron con este velo los sectarios toda su malicia. «La libertad evangélica, decia Nicolás Stork, discípulo fiel del heresiarca, nos autoriza á no hacer caso de nada del mundo. La naturaleza nos ha hecho á todos libres y hermanos, y ha puesto comunes todas las cosas. Justo es perseguir á sangre y fuego á los príncipes y magistrados, que son meros tiranos, y apoderarse de los bienes de los Obispos, párrocos y monasterios, para cortar el abuso que de ellos hacen.

Segun las doctrinas que propalaban aquellos fanáticos, nadie tenía derecho á mandar en la sociedad, si no era predestinado: y el pueblo lo tenía tambien para mudar de gobierno, siempre que le agradase, y para embardurnar la majestad con el cieno de las injurias. Y así lo hizo el heresiarca con el rey de Inglaterra, que tuvo la vanidad de poner su nombre á una obra que trataba sobre los siete Sacramentos, la cual le mereció el renombre de *Defensor de la fé*, aunque, léjos de defenderla, la destruyó. Cayó el libro en manos de Lutero, y su contestacion se redujo á tales insultos, que el pudor no permite referir aquí.

¿Puede darse una proclamacion más solemne de la soberanía del pueblo? ¿Podía decirse con más claridad que la autoridad es una tiranía, y la posesion de bienes por la Iglesia una usurpacion y una injusticia? ¿Podía proclamarse más altamente la emancipacion del hombre en el orden político, en el religioso y en el moral? Segun

estos sectarios, empezaba la autonomía de cada individuo de la sociedad desde el momento que él se supiese dar cuenta á sí mismo de sus acciones: con decir que tenía la libertad del Evangelio, se eximia del dominio de su príncipe, y podia conspirar contra él, pues tenía derecho á cambiar el gobierno cuando le agradase: con decir que él resolvía toda disputa en la inteligencia de los dogmas de la revelacion por su propia interpretacion, inspirada por el Espíritu Santo, ya no habia para él más dogma que el que él mismo se diese, ni más precepto que el que le agradase imponerse. Así es que en pocos años no quedó íntegro en el seno del protestantismo ni un solo dogma de la fé revelada; empezando por el misterio augusto de la Santísima Trinidad, siguiendo por la sagrada humanidad de Jesucristo, continuando por su virginal Madre, y concluyendo por la fundacion de la Iglesia y su jerarquía, por los Sacramentos, por la justificacion, por la gracia, por el libre albedrío del hombre y por la necesidad de cooperar con las buenas obras á la gracia que Dios nos da por los méritos de su Hijo hecho hombre, todo quedó aniquilado.

## VIII.

En pocos años, por tanto, se vió el Occidente dividido en dos fracciones, católica una y protestante otra; pero ésta se fué subdividiendo en tantas sectas, que se formó una verdadera Babilonia, donde nadie entendia el habla de su compañero. Entre tanto, repetimos, el magnífico edificio de la fé revelada quedó destruido para esta fraccion, porque cada uno intentó pulverizar la piedra del edificio que se le antojaba; y entre Calvino, Beza y Zuínglio en Suiza, entre los partidarios del primero en una gran parte de Francia, entre Lutero, Carlostadio, Melancton y mil maestros más del error en Alemania, y entre Mar-

tin Bucero en Inglaterra, á cuyas predicaciones siguió al poco la apostasía de toda la nacion, consumada por Enrique VIII y arraigada con la política sanguinaria de su hija Elisabet, el caso es que en el seno del protestantismo no quedó intacto un misterio, ni un dogma, ni un precepto, áun de los que pertenecen puramente á la ley natural, quedando además proscritos para siempre los ayunos, las obras buenas, el recibir los Sacramentos, las fiestas, el sacrificio del altar, y establecida una llamada religion, en la cual el hombre no tiene que hacer nada de su parte para salvarse, por haberlo hecho todo Jesucristo.

Pero dejemos á esos hombres alucinados, y volvamos al asunto de la civilizacion: es indudable que la civilizacion moderna ha venido del Evangelio, pues sólo la doctrina de Jesucristo convirtió á los romanos, á los griegos y las naciones bárbaras, dándoles una ilustracion que no conocian, y por consiguiente la civilizacion que paulatinamente fué introduciéndose en la sociedad. Pero esta civilizacion tuvo por cimiento el principio de autoridad, y este mismo fué el medio de su desenvolvimiento, y tenía que ser el de su propagacion y su movimiento progresivo, hasta dar á la sociedad tanta perfeccion cuanta ésta podia tener, atendida la fragilidad de la naturaleza humana, herida por la culpa y sanada por Jesucristo, aunque quedando ésta en su propension á lo malo, pero siempre íntegra en su albedrío y plena libertad para abrazar lo bueno, ayudada de esa gracia que la ganó Jesucristo, y que él da á todos.

Decir que el hombre no ha de cooperar con su voluntad y sus obras á esta gracia de Jesucristo, equivale á convertir al hombre en un puro autómeta, destituido de facultades intelectuales, é incapaz de elegir lo bueno ó lo malo, y por consiguiente negado de la facultad de adelantar en el bien, en la ilustracion, en la civilizacion:

afirmar eso, equivale á decir que el bueno y el malo lo son sin que tengan acto reflejo de su bondad ó malicia, siendo Dios el único agente de esos dos extremos opuestos; y por consiguiente el Dios árbitro que sin justicia equitativa y retributiva destina á uno á la gloria y á otro al infierno. Hé ahí las monstruosidades que enseñaron Lutero, Calvino, Beza y los reformadores de la sociedad; hé ahí el hombre convertido por Lutero, y lo diremos por esta vez con sus propias palabras, en asno en plaza, esperando, como él dice, que cabalgue sobre él el primero que llegue: si es Dios el primero, lo llevará al cielo; si le coge la delantera el diablo, al infierno. Hé ahí el hombre sin libertad, al mismo tiempo que se le dice que use ámpliamente de su libertad; hé ahí, por fin, el fatalismo de Mahoma adoptado por la reforma en cuerpo.

## IX.

Pero eso es desconocer cuanto enseñan las divinas Letras, en las cuales se nos declara que Dios trata al hombre con todo comedimiento (*Sap.*, cap. xii, vers. 18); eso es no entender aquellas palabras con que el evangelista San Juan expone la admirable economía que Dios tiene con el hombre, á quien da la gracia para que él pueda hacerse hijo suyo. Porque es digno de notarse que al hablar este Apóstol de los resultados admirables de la encarnacion del Hijo de Dios, dice, entre otras cosas, que «á cuantos lo recibieron les dió poder para que se hagan hijos de Dios, creyendo en su nombre.» (*Joan.*, cap. i, vers. 12.)

En estas palabras está explicada la dignacion divina, la dignidad humana y la sapientísima economía de Dios, para conservar siempre la libertad natural que ha dado al hombre, y la gracia que le da por su Hijo, para que libremente crea en Él y se salve. Por eso no dice el Evangelio, «y los hizo hijos de Dios,» sino que «les dió fuerza

para poder hacerse hijos de Dios,» como lo explica San Agustín (*Lib. de Spirit. et Litter.*, cap. xxxi), y lo dice el Crisóstomo por estas palabras: «¿Por qué no dice: y los hizo que se hiciesen hijos de Dios, sino para demostrar que era necesaria mucha diligencia para conservar pura é incorrupta la imágen que se nos imprime en el bautismo? En todo y por todo nos manifiesta que no nos fuerza ni nos violenta, sino que deja en sus fueros nuestro libre albedrío.» (*Cornel. Alápid.*, *in Joan.*, cap. i, vers. 12.)

Lutero, Calvino y Beza negaron esta doctrina y destruyeron con ella todas las nociones que tenemos sobre el modo de ilustrarnos, y por consiguiente de civilizarnos; porque, no hay remedio, la ilustracion no puede concebirse si no se supone que el que se ilustra parte de un estado de ignorancia absoluta ó relativa, y no se da al mismo sujeto capacidad y aptitud natural para comprender cuanto conduce á adquirir la ilustracion, sea mediana, sea completa y perfecta. Ni tampoco puede entenderse lo que es civilizacion, si no se supone como principio inmutable que el civilizado ha de arreglar sus acciones á sus ideas, y que éstas han de ser conformes con los principios, inmutables tambien, de la verdad, de la justicia y de la rectitud. Á todo esto es contraria la doctrina del protestantismo, y por consiguiente la primera tendencia de éste al aparecer, fué paralizar la ilustracion, la civilizacion y el progreso, en cuanto habia contribuido á ir sacando á la humanidad del estado de ignorancia y barbarie que tenía cuando Jesucristo vino al mundo á enseñarnos los caminos de la justicia y la verdad. ¡El hombre sin libre albedrío para escoger el bien por su propio querer, ayudado de la gracia! ¡El hombre inoperante en el negocio de más importancia, que es la asecucion de la vida eterna! ¡El hombre que va al cielo, sin pensarlo ni quererlo, y lo mismo al abismo, tan sólo porque Dios los ha criado para que vayan irremisiblemente, ó al Em-

píreo, ó al Tártaro, segun á Él le plazca! ¡El hombre que no tiene que ocupar el tiempo en obrar bien, porque Cristo lo ha hecho todo por él! El hombre de esta condicion, ¿sería acaso hombre? ¿Sería perfectible? ¿Sería capaz de ilustracion y de civilizacion? Hay que decir que nó: hay que decir además que bastan esas doctrinas para volverlo indolente, sensual, abandonado, indiferente, impío y blasfemo, pues le inducirian á renegar de Dios y á cometer un suicidio de su vida material y de la intelectual; porque si fuere sábio, ¿de qué le serviría su saber en órden á ganar el cielo, si Dios lo tenía destinado al abismo? Y si ignorante, nada perdía, pues estando predestinado al cielo, toda sabiduría y toda perfeccion estaban por demás en la tierra. Hé ahí, por tanto, asesinadas la ilustracion y la civilizacion verdaderas, que Jesucristo trajo á la tierra.

## X.

Hemos dicho que el protestantismo, al romper la unidad de la fé y destruir la autoridad, paralizó la ilustracion y civilizacion del Evangelio, y vamos á demostrarlo. El protestantismo es el destructor de las obras de Cristo, es el que ha hecho que la ilustracion intelectual verdadera, no sólo se detuviese en su marcha, sino que diese un salto de retroceso, hasta llegar al estado que aquélla tenía poco ántes del nacimiento de Cristo. El protestantismo destruyó aquel gran principio que estableció San Pablo, como origen, como medio, como consumacion de toda ilustracion: *una sola fé, un solo bautismo* (Ephes., cap. iv, vers. 5), y el que Jesucristo proclamó ántes que su Apóstol, cuando oraba á su Padre y le pedia que los que habian creído en Él, y los que creyesen en adelante por la palabra de aquellos, fuesen una sola cosa por la fé y la caridad, por el consentimiento y concordia, por la

voluntad y el espíritu, asemejándose al Padre y al Hijo por esta unidad de pensamiento y de accion: de tal manera que, así como ellos son una misma cosa por esencia y naturaleza, sean los creyentes una misma cosa por la unidad moral del consentimiento y de la creencia en la verdad revelada. El protestantismo destruyó esta unidad, y una vez deshecha ésta, volvía el linaje humano á la pluralidad innumerable que tuvo en tiempos pasados, por no haber profesado el dogma fundamental de la constitucion de la sociedad humana, el dogma de la unidad de Dios.

La perfeccion del hombre y de la sociedad no puede subsistir sin la unidad, como lo han reconocido los mismos filósofos paganos. «Conviene, decia Epitecto (Libro *ad Arrian.*), que todos los principios converjan á uno, todas las hermosuras á una, todas las verdades á una verdad, todos los bienes á un bien, y todas las cosas divinas á un solo Dios, así como todas las unidades á una unidad que es tres veces una.» Lo mismo decia Macrobio (Lib. i, *in somn. Scipion.*): «La unidad, dice, es el principio y el fin de todas las cosas, y como ella carece de principio y de fin, nos conduce al Dios sumo.» Lo mismo tambien afirma Trimegistro con estas palabras: «La unidad es el origen de todo, y contiene, como raíz y principio, todos los números: nadie la puede abarcar, y ella engendra á todo número, sin que ningun número la engendre á ella, y esta es la imágen de Dios.» (Trimegist.: *in Pimandr.*) ¡Y qué! ¿No nos está demostrando este mundo visible que la unidad es la condicion esencial de su existencia, de sus movimientos y de la influencia eficaz que ejercen, unos en otros, todos los objetos que lo componen? Cada uno de éstos es una unidad, considerado en sí mismo: uno es el sol, uno cada planeta; una es cada estrella, una es la tierra, uno el mar, una la fuente, uno el rio, uno es el roble, una la yerba que se

cria á su sombra, una la planta parásita que se abraza á sus ramas, y cada una de las cosas es una, porque tiene su esencia y naturaleza propia y distinta de las otras; pero todas ellas forman una gran unidad, la unidad del mundo material; rómpase por un momento esa unidad; admítase la hipótesis de que los orbes planetarios se muevan aisladamente, y sin conservar las leyes de atracción mútua y de dependencia, los unos de los otros: destrúyase esa conexión íntima que tienen en la tierra los objetos entre sí; empéñese uno en que haya fuentes sin filtraciones de lo alto á lo bajo, ó sin vías subterráneas por donde marchan las aguas saliendo de los lagos, ó rios que no salgan de los vapores del mar convertidos en nubes, y éstas en aguas que caen sobre montes y oteros, para caminar á un cauce comun, y volver al Océano de donde salieron; obtínese en que la planta parásita suba como la palma, que las hayas nazcan en médanos de arenas, y que la yerba crezca sobre los áridos riscos; hágase todo esto, rompiendo esa unidad del mundo y esa armonía que guardan los flúidos con los sólidos, los seres pequeños con los medianos, y éstos con los mayores, y el mundo se convertirá en un caos.

Y es esto precisamente lo que hizo el protestantismo, rompiendo la unidad que la Iglesia habia formado de todos los pueblos, y por medio de la cual los habia civilizado ya en grado mayor, y continuando en los mismos medios, los hubiera perfeccionado hasta tocar al grado de que es capaz la sociedad, atendida su condicion. «Ningun mal, habia dicho Platon (lib. v, *De Republ.*), es más pernicioso para una ciudad que el dividirla, haciendo muchas de una: y el mayor bien que se le puede hacer en sus excisiones es vencerla y volverla á su unidad.» Una vez establecida ésta, se establece el bien y la perfeccion; porque en realidad, segun la doctrina de Aristóteles (lib. I, *Ethic.*, cap. vi), ninguna cosa es buena y

perfecta si no es una: pues cada objeto tiene su bondad respectiva porque es uno, y porque recibe su perfeccion en su unidad, y miéntras es uno, conserva lo que tiene, destruyéndose lo que es tan pronto como se destruya su unidad. Esto decian los filósofos sobre la naturaleza y los efectos de la unidad; ¿hay que extrañar que Pitágoras afirmase que la unidad era Dios, y la dualidad el demonio?

## XI.

Vamos, pues, á ver lo que ha hecho el protestantismo con los elementos de ilustracion intelectual, de la cual nace necesariamente la civilizacion del mundo. Cuando Jesucristo vino á la tierra, encontró la division más cruel en el orden de las ideas: ¿y de dónde habia nacido esta division? De haber echado los hombres en el olvido la idea primordial de la sociedad, la cual hubiera mantenido al linaje humano en la unidad más completa en ideas, en pensamientos, en intereses, en acciones, y en cuanto podia contribuir á mantenerlos en armonía y concordia entre sí, y en paz y prosperidad, que es el más fausto resultado de la ilustracion y civilizacion. Esta idea primordial era la unidad de Dios. Pero los hombres fueron olvidándose poco á poco de esta unidad esencial de la Divinidad, y se precipitaron en los errores del politeismo, inventando tantos dioses falsos y tantos númenes imaginarios y hasta ridículos, que causaban rubor á los mismos filósofos paganos, no obstante que, como dice Ciceron, por no ir abiertamente contra la corriente universal, él mismo les ofrecia incienso y sacrificios. La locura de los hombres habia llegado á tal extremo, que, segun Macrobio, el número de los dioses del imperio romano pasaba de treinta mil. ¿Puede darse mayor caos? No.

Jesucristo, que vino al mundo á dar testimonio á la verdad, á restablecer su imperio, y á iluminar al linaje humano que estaba sentado en sombras de muerte, puede decirse que en suma no hizo más que dos cosas, para dar á los entendimientos la ilustracion, y á la sociedad humana la civilizacion, y fueron éstas: destruir esa multiplicidad absurda, y plantear la unidad. Toda la doctrina de Jesucristo en el Evangelio se dirige á ese objeto; su deseo íntimo es que los hombres conozcan al Dios verdadero y á su Hijo enviado por Él al mundo. (Joan., capítulo xvii, vers. 3.) Toda la doctrina que nos enseña será observada con piadosa exactitud y hasta con alegría por los hombres entre sí: de ahí el cumplimiento de lo que enseñan la ley y los Profetas; de ahí el respeto á la autoridad, el espíritu de sacrificio, el desprendimiento de los bienes terrenos y la abnegacion: de ahí el que todos los hombres sepan que son hijos de un mismo Padre que está en los cielos: de ahí, por fin, la unidad más completa de todos, no haciendo sino lo que les mande este Hijo, sometiéndose á quien Él señale su representante, y sujetando su entendimiento á la fé, y su voluntad á los mandatos divinos.

Véanse, en efecto, las consecuencias que trajo al mundo este conocimiento de la unidad de Dios predicada por su propio Hijo, y anunciada despues por sus Apóstoles en toda la tierra. Así como un huracan desencadenado arranca de raíz los cedros que encuentra diseminados en los derrames de las altas cumbres, así fueron cayendo aquellas pluralidades heterogéneas y sin cohesion de tantos dioses como habia en la tierra. Presentábase el Apóstol predicando la unidad de Dios, la unidad de la fé, la unidad del Bautismo, y á su voz caian los ídolos de Roma, los de Atenas, los de Menfis, los del Druida, los de todo pueblo, y en su caída arrastraban la filosofía vana, la mitología absurda, la distincion de razas, la política bárbara,

el derecho de la fuerza, el despotismo del príncipe, los delirios de una cosmogonía sin orden, formándose en seguida la unidad de ideas, la unidad de creencias, la unidad de cuerpo, la unidad de cabeza, la unidad de pensamientos, la unidad de accion, y la unidad de empresa, la unidad de la gran empresa que expresó Jesucristo cuando dijo que una sola cosa era necesaria (Luc., cap. x, vers. 42), y que su Apóstol declaró con amplitud cuando dijo: «Esto solo, que, olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome hácia lo que está adelante, prosigo segun el fin propuesto al premio de la soberana vocacion de Dios en Jesucristo.» (Philip., cap. iii, vers. 14.)

Hé ahí la unidad establecida por Jesucristo, como principio, medio y fin de la ilustracion, de la civilizacion y de la felicidad temporal y eterna del hombre como individuo, y de la sociedad como cuerpo. Y todo hombre desapasionado que haya estudiado la historia de la civilizacion moderna tiene que confesar que ésta ha venido hasta las generaciones presentes, caminando en grado ascendente; pero nótese más palpablemente este movimiento progresivo en los quince primeros siglos, los cuales, áun examinados someramente, nos demuestran con toda evidencia dos cosas: primera, que la civilizacion del mundo se debe exclusivamente á la Iglesia católica, depositaria y custodio fiel de la doctrina de Jesucristo, y conservadora y propagadora de ella: segunda, que, visto el progreso que fué haciendo la civilizacion de siglo en glo, ésta hubiera llegado á su apogeo más culminante á no haberse atravesado en el camino que llevaba algun valladar que ha intentado paralizar su movimiento, y la ha dado un sesgo destructor ó corruptor de los mismos principios de ésta.